

Corona de hielo

Daniel Hernández Alcojor

Corona de Hielo



DANIEL HERNÁNDEZ ALCOJOR

Capítulo 1

—Tenéis que contármelo todo, princesa. —Dushka paladeó esta palabra—. Con todos los detalles, como si os hubieran lanzado un hechizo Veritas.

Dushka, hija de uno de los vasallos del rey, era la mejor amiga de Alana. Había acudido a la invitación del banquete real en el que se darían a conocer los pretendientes de la futura reina, ahora que su padre acababa de fallecer. El convite estaba a punto de terminar y se acercaba la hora del baile, por lo que la princesa se había retirado a sus aposentos para cambiarse de vestimenta.

—Como deseáis, pero en realidad no hay mucho que contar. ¿Por quién queréis que empiece?

Se sentó en la cama, apartando con desinterés el vestido que habían dejado para ella, mientras Dushka no paraba de moverse por la habitación.

—Lo primero que me gustaría saber es si ese Lord Mörka se os ha dirigido. Me dan escalofríos solo con verle.

—Se acercó durante el banquete para darme el pésame y poco más. Muy correcto, muy frío. Creo que después de eso no me ha vuelto a mirar y se ha dedicado a beberse nuestro vino. Aunque no le he visto probar bocado.

—¿No ha intentado ganarse vuestra mano? —Dushka parecía sorprendida—. Pensaba que tenían problemas de dinero y desde luego casarse con vos sería una solución.

—Ni siquiera ha mostrado interés. Sospecho que está muerto por dentro —dijo Alana, con una entonación muy tétrica, y ambas se rieron.

—Bueno, pues contadme sobre los demás —pidió Dushka mientras se sentaba a los pies de su princesa.

—El primero que ha venido ha sido Lord Preston, antes de que empezara el banquete. Ya le conocía, cuando su familia compró terrenos en el valle para construirse un nuevo palacio se presentaron con toda formalidad ante mi padre. No ha parado de hablar sobre cómo reformaría el castillo y de lo felices que seríamos con nuestros hijos. No menos de cinco.

—No suena mal y es muy guapo.

—Lo es, guapo, fuerte, hábil con la espada y todo eso... Espero que cabree a Lord Mörka —añadió, con un cierto brillo de esperanza en los

ojos.

—Se nota que estáis deseando casaros con él.

—Dushka, odio todo esto. No necesito un marido. Ojalá no tuviera que cumplir con estas estúpidas tradiciones.

Alana pudo leer la decepción en los ojos de su amiga. Ella no lo entendía, soñaba con ser como las princesas de las canciones y creía en la felicidad desde la servitud.

—En fin —continuó, cortando el silencio incómodo—, el siguiente en acercarse ha sido el hijo de Lord Femille.

—Ah, sí, me ha llamado la atención cuando ha entrado. Viste un conjunto exquisito.

—Lo sé, yo también me he fijado y se lo he dicho. Se ha puesto rojo y ha murmurado que él mismo lo había escogido. Por un momento se le ha descolocado el cabello y me ha parecido ver unas orejas terminadas en punta.

—¿Queréis decir que...?

—No estoy segura, se ha rehecho enseguida. Pero eso podría significar que no es tan joven como parece.

—Eso quería preguntaros, porque me lo había parecido. ¿Qué edad tiene?

—Dicen que no llega aún a los catorce. Si te soy sincera, creo que están haciendo el ridículo proponiéndole...

—De acuerdo, en teoría es un crío, pero creo que se está esforzando.

—En absoluto, no le he visto interés en ganarse mi mano. Parecía estar allí por obligación.

—No entiendo cómo podría no desearos, princesa —comentó Dushka mirándola muy fijamente. Alana se revolvió incómoda y cambió de postura, alejándose un poco. No era la primera vez que Dushka hacía un comentario fuera de lugar como aquel.

—Por último, el borracho de Lord Wyck. Se ha acercado durante el banquete en un momento en que mi madre no estaba y se ha sentado en su lugar. Estaba ebrio y no ha parado de insinuarse de forma repugnante. Me ha recordado que era viudo desde hacía pocos meses y ha afirmado que de todos mis pretendientes él era el mejor. Sin embargo, yo solo podía fijarme en su calva, su enorme barriga, sus ojos vidriosos, y esa

babilla roja que le caía por la comisura de la boca y que había dejado varias manchas en su jubón.

—Ese hombre es asqueroso.

—Sí, pero temo que sea el elegido por mi madre.

—¿Por qué iba a hacer semejante cosa? —Dushka se había puesto en pie de pura indignación.

—Porque sobre el papel, es el mejor pretendiente. Su familia es la más rica, después de la nuestra. Además, ya tiene experiencia gobernando, algo de lo que Lord Preston carece. Bueno, y hay otra cosa, pero... —se mordió el labio y miró alrededor— no sé si debo contároslo.

—Oh, vamos, no seáis malvada.

—Está bien, está bien. Pero no puede salir de aquí.

—Lo juro sobre el honor de mi familia. Que no somos muy ricos, pero sabemos guardar secretos.

—De acuerdo, acercaos... —añadió la princesa en un susurro.— El Lord Wyck anda cortejando a mi madre desde hace tiempo. —Los ojos de Dushka se abrieron tanto que Alana temió que se le fueran a caer encima—. Una noche en que mi padre se encontraba de viaje los oí en la alcoba. Sonaba como si estuvieran a punto de cometer adulterio, y hablaban de cómo ellos dos serían mucho más felices juntos que con sus respectivos esposos. Mi madre estaba de acuerdo, pero lamentaba la buena salud de ambos. Unas semanas después moría la esposa de Lord Wyck.

Dushka pegó otro bote y se quedó de rodillas al borde de la cama con la mirada perdida.

—No me lo puedo creer —murmuró.

—Son solo sospechas y conjeturas, pero temo que asesinara a su propia esposa para demostrarle a mi madre que iba en serio y que ahora ella haya cumplido con su parte. Pero, claro, me tienen casar a mí con él, aunque lo que en realidad quieren es poder estar juntos.

—Dios mío... —dijo Dushka mientras se santiguaba—. ¿De verdad creéis que vuestra madre ha podido acabar con el rey?

—No sé qué pensar, pero mi padre gozaba de buena salud hasta hace unos días. Y ha empeorado con gran rapidez, de una extraña enfermedad

que nadie ha sabido identificar. Es todo muy sospechoso.

§

En ese momento alguien aporreó a la puerta y ambas jóvenes dejaron escapar un grito de terror. La puerta se abrió de golpe y uno de los miembros de la guardia real entró en la habitación espada en mano. Alana y Dushka se abrazaron pensando que había llegado su muerte.

—¿Qué ocurre, princesa? —gritó el guardia, escudriñando el lugar en busca de amenazas.

Con el hombre atareado en su búsqueda, las jóvenes se separaron y la princesa se bajó de la cama.

—No ocurre nada, sir Judd. Nos habéis asustado al llamar así, eso es todo —dijo ella, con ambas manos apretadas con fuerza contra el pecho.

—Lo siento, milady. No era mi intención. Vuestra madre os reclama. El baile está a punto de comenzar.

—Está bien, gracias, enseguida bajamos —respondió Alana, más tranquila—. Podéis retiraros.

El caballero envainó su espada, se cuadró, hizo una leve reverencia y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Dushka ayudó a la princesa a ponerse el vestido y a integrar una hermosa tiara de plata, con varias joyas engarzadas, en los bucles de su peinado.

§

Alana fue a ocupar su puesto junto a su madre mientras Dushka volvía al banco en el que se sentaba su familia. La reina regente hizo un gesto a la banda de música y el baile dio comienzo.

Lord Preston se apresuró para pedirle el primer baile a Alana y esta no tuvo más remedio que aceptar con su mejor sonrisa. Resultó bastante incómodo para la princesa, que tenía que esquivar cada dos pasos los labios de Preston y apartar su mano de los sitios indecorosos en que se colocaba, al parecer, por cuenta propia. Sin embargo, antes de que acabara la pieza, un estruendo procedente del patio del castillo atrajo la atención de todo el mundo.

Uno de los guardias entró corriendo en el salón gritando que un enorme dragón negro los estaba atacando. Según relató, tratando de recuperar el aliento, la bestia había aparecido de pronto y había comenzado a incendiarlo todo. Los arqueros apostados en las murallas no pudieron

hacer mella en la gruesa piel escamada y pronto todos habían muerto. Era imparable.

El silencio se hizo en el patio y las enormes puertas que daban acceso al salón volaron por los aires atravesadas por un fuego azul que se extinguió enseguida. De entre el humo, la ceniza y los trozos de madera que llovían en todas direcciones surgió Lord Mörka, enfundado en una armadura negra esmaltada, sin yelmo, y sosteniendo en la mano derecha una espada bastarda cuya hoja, también negra, estaba envuelta en una llama de un azul pálido.

Sin que hiciera falta dar la orden, los guardias reales se lanzaron a por él. Uno a uno fueron cayendo sin remedio. La espada mágica cortaba metal, madera, carne y hueso como si solo atravesara el aire. Tras la cruenta escaramuza, yacían a los pies del caballero negro una docena de cadáveres. Los guardias no habían conseguido ni rozar a Lord Mörka. Los distintos charcos de sangre se unieron en uno y el Lord hundió la hoja en él, que prendió como si se tratara de brea. En cuestión de segundos los cadáveres, la sangre y los restos de armas y armaduras se consumieron sin dejar rastro. Las llamas, que en lugar de calor emanaban frío, se consumieron poco a poco y bajaron tanto la temperatura del salón que empezaron a caer diminutos copos de nieve.

Todo el mundo se encontraba aterido cuando el caballero negro empezó a caminar hacia la princesa. Al fondo, tras él, se podía ver la enorme cabeza del dragón ocupando todo el umbral de entrada, como si no quisiera perderse detalle. Lord Preston salió al encuentro de Mörka, con su sable desenvainado. Se colocó entre el caballero negro y Alana y apuntó con su hoja al asesino.

—Para llegar hasta ella, tendréis que acabar conmigo primero —amenazó Preston.

—¡No, Lord Preston! ¡Os matará! —gritó la princesa.

Por toda respuesta, Mörka tocó con su espada la de Preston. El punto de contacto se congeló al instante y el hielo se extendió con rapidez por toda la hoja, hasta llegar a la guarda ornamentada que cubría el puño de Preston. El joven acercó el sable a su rostro para examinarlo y el caballero negro golpeó de nuevo; el metal estalló en docenas de trozos. A continuación, y ante la mirada incrédula de Preston, Mörka lanzó un estoque al pecho del joven que lo atravesó de parte a parte. El asesino extrajo su espada y el muchacho cayó de rodillas, presionando la herida con una mano. Sin embargo, del interior no surgió sangre sino una capa de escarcha que pronto envolvió todo el cuerpo. Preston murió congelado, de rodillas, convertido en una terrorífica estatua de hielo.

El caballero negro continuó su avance hasta que se encontró ante la princesa y su madre. Lo único, aparte de él, que se movía en el salón eran los copos de nieve que seguían cayendo con timidez.

—Mi reina —dijo Mörka, proyectando su voz para que todo el mundo le oyera, —me presento ante vos para pedir os la mano de vuestra hija.

—Cómo os atrevéis... —respondió Lord Wyck desde su asiento, rojo como un tomate. Con cierta dificultad se puso en pie y se acercó tambaleándose al caballero negro—. Entráis aquí, con vuestra espada embrujada, acabáis con toda la guardia real y con ese pobre bufón, ¿y ahora pretendéis casaros con la princesa?

Mörka se giró hacia Lord Wyck, que se había quedado a una distancia prudencial.

—Ese joven era demasiado inexperto como para venceros, pero yo... —continuó Lord Wyck mientras pugnaba por sacar su espada de la vaina— yo soy un espadachín experimentado. Os voy a dar una lección.

Cuando Wyck consiguió desenvainar, adoptó la versión ebria de una pose de guardia para enfrentarse al caballero negro. Pero Mörka apretó la empuñadura de su espada con fuerza y la llama de la hoja dobló su tamaño. Lanzó un tajo en diagonal, de arriba abajo y de izquierda a derecha, con gran violencia. La llama azul se desprendió de la hoja en dirección a Wyck, convertida en una llamarada con forma de media luna, que atravesó el cuerpo del Lord, partiéndolo en dos. La gente que se encontraba detrás de Wyck salió corriendo, gritando de terror. La llama continuó su avance, consumiéndose poco a poco, hasta que desapareció en el aire. Mörka se giró de nuevo hacia la princesa y enfundó su espada. Los copos de nieve empezaban a acumularse en una fina capa sobre las cabezas y los hombros de los presentes.

—Bien —volvió a decir, alzando la voz—, si no me equivoco, no queda nadie más que se oponga a este matrimonio. ¿Verdad? —añadió, hablando al hijo del Lord Femille, que apartó la mirada aterrado—. Eso me parecía —sentenció.

§

A continuación, dio dos palmadas que llenaron la estancia de un eco metálico. La cabeza del dragón se hizo a un lado y dejó pasar a un monje de hábito negro, con una capucha que le tapaba la cabeza por completo. Andaba con paso ligero, con las manos delante del cuerpo sosteniendo el libro sagrado. Iba escoltado por dos caballeros enormes con sendas armaduras negras.

—Qué suerte la mía, un monje por aquí en este momento tan propicio —dijo Mörka con una media sonrisa sardónica—. Ven aquí, cariño —dijo, dirigiéndose a la princesa—. Y trae a tu madre también.

Alana no se movía, no podía creer lo que acababa de ocurrir. Su mirada iba del cadáver de Lord Preston, que seguía allí de rodillas, congelado, al de Lord Wyck, partido en dos en el suelo. Fue su madre la que reaccionó, cogiéndola por el brazo.

—Vamos, Alana, cielo, será mejor no hacer esperar a este hombre.

Las dos mujeres se colocaron junto a Mörka, Alana a su izquierda y su madre junto a ella. Las lágrimas no dejaban de caer por las mejillas de la princesa. El Lord hizo una señal al monje y este empezó con la ceremonia. Todos observaban la escena temblando, de frío y de miedo. Alana estaba de cuerpo presente, mirando sin ver. No escuchaba la letanía del monje.

Se imaginaba cómo serían los próximos años de su vida. Vio dolor e infelicidad, para ella y para su reino. Miró a su alrededor y solo leía terror en los rostros helados de sus invitados. No podía permitirlo. Abrazó la cintura del caballero negro con su brazo derecho y él la miró, sorprendido. Ella le ofreció su mejor sonrisa y él pareció calmarse y volvió a centrar su atención en el monje que seguía leyendo, aunque le dio un golpecito a la mano que descansaba en su cadera, para que la quitara. Era lo que ella esperaba y, cuando retiró su brazo, empujó a Mörka mientras con la otra mano agarraba el mango de la espada mágica. Al desenfundarla, la hoja volvió a encenderse con aquella llama de fuego azul. Todos se sorprendieron, empezando por los invitados al banquete y terminando por el propio caballero negro, que apretaba los dientes. Alana también se sorprendió de lo ligera que era la espada bastarda. La movió a izquierda y derecha, se la cambió de mano e hizo unas florituras. Mörka no se atrevía a moverse, seguía petrificado y una gota de sudor le bajaba por la sien. Entonces Alana empezó a sentir cómo la magia de la espada subía por su brazo. Apareció una voz en su mente que le hablaba de poder y le mostraba un futuro distinto: uno en el que ella reinaría en soledad, temida por sus súbditos. Sus ojos, de un bonito color miel, empezaron a volverse azules. Un azul pálido, igual al de los ojos de Mörka. Y su larga melena color caoba empezó a blanquear poco a poco, de la raíz a las puntas, al tiempo que todos los bucles y rizos se alisaban. La tiara fue cubriéndose poco a poco de una capa de hielo que fue creciendo en grosor y altura hasta que terminó pareciendo más una corona terminada en espinas puntiagudas.

Alana se quedó mirando la espada, admirando el bailoteo de la llama azul. A continuación fijó su mirada en el caballero negro.

—Pensad bien vuestro próximo movimiento —amenazó Mörka—. Aún no

conocéis el poder de la espada.

—Oh, no os preocupéis por mí. Tan solo tengo una pregunta antes de mataros. ¿Fuisteis vos quien acabó con la vida de mi padre?

Todo el salón reaccionó con sorpresa ante aquella acusación.

—Habéis venido muy preparado al banquete. Y de todos los pretendientes habéis sido el único que no ha intentado ganarse mi mano. Porque sabíais que no os hacía falta, teníais al dragón y la espada de vuestra parte.

—Alana hizo una pausa en la que se quedó mirando al infinito por un momento—. Vaya, la espada confirma mis sospechas.

El caballero negro se abalanzó sobre Alana para intentar quitarle el arma, pero ella reaccionó con presteza. Con un juego de pies ágil, dio un paso a un lado e hizo un rápido movimiento con la espada. Mörka cayó al suelo, en dos tiempos y dos trozos. Alana se giró hacia el monje y su escolta.

—Fuera —susurró.

Las tres figuras se convirtieron en ceniza y se desvanecieron en el aire.

—Creo que va a ser un reinado interesante —murmuró Alana mientras sopesaba la espada en su mano.

FIN

¡Gracias por leerme!

Si tienes unos minutos, te agradecería que rellenaras el siguiente formulario con tu opinión, lo que más te ha gustado, lo que menos...

<https://forms.gle/Dypd8uPKjcGvJmaC8>

Y, si te ha gustado y quieres leer más, puedes encontrarme en:

Blog: <https://danielhalcojor.com>

Twitter e Instagram: @danielhalcojor

Facebook: <https://facebook.com/danielhalcojor>

O también puedes suscribirte a mi newsletter asgardiana:

<https://landing.danielhalcojor.com/subscribe>